

Los desafíos educativos de la familia en el contexto socio-cultural argentino



En el mes de Noviembre del año 2000 la Conferencia Episcopal Argentina (CEA) ha afirmado:

“Necesitamos lograr consensos que fortalezcan los lazos de pertenencia solidaria a la comunidad y proponernos algunas acciones que generen esperanza en todos. Necesitamos recobrar el valor de la palabra dada y el cumplimiento de los compromisos asumidos. Necesitamos recuperar nuestro espíritu de grandeza, fundado en los valores cristianos y en las reservas morales de nuestro pueblo” (CEA 2000, n.11).

Nuestra reflexión quiere inspirarse en una de las necesidades percibidas por nuestros Obispos. Aquella que afirma: «Necesitamos recuperar nuestro espíritu de grandeza fundado en valores cristianos».

Intentando «ampliar» esta afirmación nos parece acertado subrayar que este espíritu de grandeza hunde sus raíces, primariamente, en una dimensión «anterior» a la cristiana: nos referimos a aquella relacionada con los valores «espirituales». Éstos nos ubican en un *ámbito previo* a lo cristiano. En un *espacio inicial*, en un *punto de partida básico*. En una *plataforma* propiamente antropológica cuyo desarrollo educativo lleva al hombre a «ser más hombre». Lo humaniza.

La realidad de nuestra crisis actual argentina - que “supone un largo proceso de deterioro en nuestra moral social” (CEA 2001, n.1) – nos pone de frente a un interrogante esencial. La pregunta ya no es aquella acostumbrada: «¿Qué Argentina le dejamos a nuestros hijos?». La pregunta es, más bien: «*¿Qué hijos le damos a nuestro país?*» (Bergoglio 1999).

La respuesta, a nuestro modo de ver, exige una seria reflexión acerca de la relación existente entre: cultivo de la «dimensión espiritual» - considerada constitutiva de nuestra realidad humana - y «función educativa» de la familia en Argentina.

Con otras palabras: queremos esbozar, sin ninguna pretensión de novedad u originalidad, aquello que intuimos sea el matiz propio de la responsabilidad educativa que la familia, en el presente de nuestra patria, está llamada a asumir.

En su seno se educa al hombre argentino. En su entramado relacional – afectivo se plasman, se transmiten y se educan aquellas dimensiones, actitudes y valores que constituyen nuestro acerbo cultural.

Ahora bien, la crisis que aqueja a nuestro país, según nuestros Obispos, nos pertenece. Es nuestra.

De ella, “todos, en distinto grado, somos responsables” (CEA 2000, n.5).

Su causa es “de orden moral” (CEA 2000, n.7).

Sus consecuencias, de las más variadas y preocupantes. Entre ellas: la exclusión social, la brecha creciente entre ricos y pobres, la inseguridad, la corrupción, la violencia familiar y social, las falencias en el ámbito educativo y en el de la salud pública, la tiranía de los mercados, los desvalores que se nos proponen desde afuera y que conforman un marco cultural que atenta contra la vida y la dignidad humana (CEA 2000).

Nos hemos dejado ganar por el egoísmo desmedido. Por la ambición que descentra el corazón humano. Por el individualismo que disgrega, que fortalece la división y crea ruptura.

Así, y casi sin darnos cuenta, fuimos acostumbrándonos a vivir alejados de valores que han forjado nuestra identidad. Que nos han hecho, en su origen, hermanos; familia; comunidad; Nación. Que nos han hecho un pueblo digno. Un pueblo cargado de riqueza, de talento y creatividad. Capaz de búsqueda; de reacción; de intuición; de reflexión. Rico en cultura, en posibilidades, en inquietudes. Un pueblo que, cuando así lo dispone, sabe dar rienda suelta a la realización de sus sueños: a la construcción del bien común, al servicio, a la solidaridad, a la fraternidad. En la opinión de nuestro

Obispo, el Cardenal Bergoglio, “nuestro pueblo tiene alma, y porque podemos hablar del alma de un pueblo, podemos hablar de una hermenéutica, de una manera de ver la realidad, de una conciencia” (Bergoglio 1999).

Pareciera que hemos perdido lo nuestro. Lo que nos es propio. Lo que nos pertenece. Aquello de lo cual, también, somos responsables.

Se trata de una pérdida que empaña y oculta la verdad que somos. Es necesario, una y otra vez, “apelar a lo hondo de nuestra dignidad como pueblo, apelar a nuestra sabiduría, apelar a nuestras reservas culturales. Es una verdadera revolución, no contra un sistema, sino interior; una revolución de memoria y ternura: memoria de las grandes gestas fundantes, heroicas... Y memoria de los gestos sencillos que hemos mamado en familia” (Bergoglio 1999).

Vivir alejados de aquella verdad que nos identifica y define significa vivir una experiencia que fragmenta. Que nos impide ser de un modo íntegro. Que obstaculiza el camino hacia una vida en plenitud. Significa vivir a la intemperie. Desamparados. Fuera de aquel hogar esencial, tibio y acogedor que nos hace ser.

La fragmentación como pueblo supone o pone de manifiesto una fragmentación anterior: la del individuo. Aquella que lleva al hombre a la inevitable y amarga experiencia del individualismo. Surge, así, un hombre débil y solitario. Nada sacia. Todo es subjetividad y relativismo. Todo es moda. Todo es válido. No hay sentido. No hay orientación. No hay convicción que apasione ni certeza que encienda la vida.

Necesitamos recordar al hombre argentino, y hasta el cansancio, que no fuimos creados ni para la soledad, ni para la fragmentación.

Que no fuimos creados ni para la división, ni para el «sin sentido».

Que no fuimos creados para la muerte.

Fuimos creados a imagen de un Dios que es Vida y Esperanza.

Fuimos creados para «ser sin límites ni mediocridad».

Fuimos creados para la vida y *la vida en plenitud*.

Cada uno de nosotros es el fruto de una historia marcada por una intensa Alianza de Amor. Hemos bebido la existencia en las fuentes inagotables de la ternura paciente de un Dios que es Padre.

¡Y cuanta serenidad, cuanta paz, cuanta sanidad encuentra el hombre cuando vuelve a su origen y allí reposa! Cuando vuelve a beber en aquella fuente primordial que le ha dado existencia. Cuando en la profundidad de su corazón humano vuelve a encontrarse y a dejarse abrazar por Aquel «Único» capaz de brindarle eterna plenitud.



Allí, el hombre se fortalece. Allí, adquiere cohesión. Allí, se encuentra a sí mismo para brindarse; se unifica para disgregarse en un servicio generoso a los demás. A los necesitados: al pobre, al sufriente, al marginado, al último.

Aquí, tal vez, encontramos la gran responsabilidad educativa actual de la institución familiar en Argentina: ella está llamada a *sensibilizar aquellas potencialidades humanas que permitan, a sus hijos, la captación, intuición, percepción y apertura hacia este fundamento esencial que sostiene, desde su raíz, la existencia humana.* Hacia aquel misterio que «encerrado en la vida misma» le brinda a ésta su fundamento ontológico. Hacia aquella realidad invisible que trasciende lo humano y se manifiesta más allá de lo obvio y lo tangible.

La familia está llamada a *acompañar a sus hijos hasta los umbrales del Sentido existencial.* Hacia el cultivo y desarrollo de aquella “intuición y sentimiento de lo infinito” (Schleiermacher 1989, 73) que fluye, inagotable, desde la interioridad del corazón humano.

Está llamada a *hacer de sus hijos «hombres grandes».* Hombres instalados en lo esencial; en lo definitivo; capaces de gustar ese misterio que brinda respuesta definitiva a la incesante búsqueda de significado que atraviesa el corazón humano.

De este misterio todos participamos. Algo nuestro está en Él y algo de Él está en nosotros, impulsando nuestra madurez humana y crecimiento integral. Somos carne y espíritu. Seres creados a partir de una misteriosa mezcla de inmanencia y espíritu. De «barro», surgido de la tierra, y de «soplo», emanado del cielo. Tiempo sin tiempo. Historia traspasada de eternidad. Contingencia y trascendencia. Todo y nada. Abismo.

Este misterio nos constituye. Día tras día, y entre los escombros de nuestra existencia humana caótica y desordenada palpamos, como un ciego, la arista filosa de ese misterio de Amor que nos hace hombres plenos.

Ahora bien, curiosamente, no llegamos a palpar el misterio sino a través de la realidad que nos rodea. La «trascendencia» es intuida en el corazón mismo de la «inmanencia». Lo «intangibile» en los pliegues mismos de lo «tangible». Lo «desbordante» en la hondura sencilla de lo «acotado».

Quisiera señalar y con énfasis que, en definitiva, a este Misterio que se define «Amor», no llegamos sino a través de la *experiencia humana* del amor. Sólo y únicamente, a través de la experiencia humana del amor.

No se trata de un conocimiento o de un concepto que se aprende. No se trata de una «norma» que es necesario cumplir o de un «precepto» que es necesario observar a modo de «objeto mágico y tranquilizador de la conciencia». No se trata de una ley que reprime o de un mandato que esclaviza.

El Misterio de Amor al cual hacemos referencia es mucho más. Es vida; plenitud; expansión; libertad; infinitud; búsqueda; esperanza. Es ese misterio que, por momentos, parece dejarse abrazar y que, sin embargo, una y otra vez se nos escapa de las manos. Nos desborda.

A la experiencia de este Amor llegamos a través de la experiencia de amor vivida en la relación establecida con nuestros objetos primarios. Con otras palabras: no llegamos a descubrir a Aquel «Único» sino a través de aquellos «únicos» que nos han acogido en la existencia. Que nos han amado incondicionalmente. Que nos han abrazado, acunado, acurrucado, acariciado, cuidado. Que nos han dejado ser, desde el primer instante, con respeto paciente.

La experiencia del amor la hemos aprendido en el contacto cotidiano del ámbito familiar. Supimos de felicidad: del beso delicado, del reto merecido acompañado de enojo teatralizado y voz fingida, de la caricia dulce y respetuosa, del silencio paciente que nos otorgaba responsabilidad, de la palabra justa, del equilibrio entre el límite y la libertad, de la rigidez del «no» pronunciado en medio de un contexto tierno de muchos «sí».

En el corazón de nuestras familias fuimos atravesados por el amor. Y en el amor magnánimo de nuestros padres hemos intuido al Dios del Amor infinito.

70

Me parece, entonces, lícito afirmar que la sanidad de un pueblo se forja en el ámbito familiar. En esa célula básica que humaniza. Que personaliza. Que dignifica. Allí, el hombre se hace más hombre. Se fortalece con la certeza de que nada de lo humano podrá conservarse si ese misterio trascendente de Amor que nos constituye es anulado o destruido. Es necesario poner de manifiesto el valor central y decisivo que el mismo posee para la promoción integral del ser humano. El impulso que brinda al fatigoso y sinuoso camino de crecimiento y realización que la persona persigue.

¿Qué actitudes educativas favorecen, en la familia, esta posibilidad? ¿Cómo fortalecer al hombre? ¿Cómo impulsarlo hacia una modalidad de lectura nueva de la existencia? ¿Cómo desarrollar su capacidad de entrega generosa y sacrificio por los demás? ¿Cómo educar un «hombre grande»?

Deviene fundamental educar un *hombre pleno*, un hombre *adulto*.

Quisiéramos, por eso, señalar ahora – y como decíamos al inicio, sin ninguna pretensión de originalidad – una serie de implicancias o pautas educativas destinadas a favorecer *la expansión de la vida*. La

educación de un hombre profundamente humano porque profundamente espiritual y, viceversa, un hombre profundamente espiritual porque profundamente humano.

Nos detenemos, explícitamente, en los primeros años de la infancia. En aquella fase etaria en la que el individuo elabora su personalidad de base.

Las primeras implicancias hacen relación a algunas actitudes educativas parentales que consideramos de particular importancia. Las segundas intentan poner en relación las necesidades que son propias de este período evolutivo con aquellas que, a nuestro modo de ver, pone de manifiesto nuestro contexto socio – cultural argentino, postmoderno.

Por parte de las figuras parentales consideramos importante:

a) *Saber adaptarse activamente a las necesidades infantiles.*

El individuo encuentra «sentido existencial» cuando las personas significativas que lo rodean le brindan respuestas adecuadas a sus necesidades. La oportunidad y suficiencia de las mismas crea un substrato psicológico fuerte; una plataforma de sano bienestar.

El niño se descubre objeto de amor. Se sabe ontológicamente aceptado y adquiere confianza y seguridad. Percibe en cada gesto humano y en cada palabra, el eco de una profundidad que subyace. Un «plus» que supera lo meramente físico. Intuye, aunque en penumbras, que la vida se expande más allá de lo tangible.

La experiencia del amor que pacientemente lo educa y lo promociona le permite el desarrollo de aquel poder imaginativo y afectivo que realiza la percepción simbólica del mundo. Descubre un «por qué», una «razón» que lo acerca hasta los márgenes del mundo trascendente.

b) *Saber latir con lo que es propio del mundo infantil.*

Se trata de centralizar la atención en aquello que define el mundo del niño. Aprender a caminar con él. A intuir sus secretos. A percibir su realidad interior.

Asumir seriamente su mundo significa saber compartir con él aquella «precomprensión» de la vida que lo caracteriza. Educar en un profundo respeto por el nivel de madurez alcanzado por su estructura psíquica. Acoger aquellas experiencias que son típicas de su período evolutivo.

Es todo el niño, todo su mundo el que debe ser asumido. Su carga de inquietud y fantasía, de juego, de imitación, de respuesta espontánea, de admiración, de asombro, de emotividad. Su necesidad de afecto. Sus ganas de conocer, de comprender, de asimilar.

c) *Permitir, al niño, «ser en libertad».*

Las figuras parentales con sus gestos, palabras y comportamientos – conscientes o inconscientes – modelan la personalidad infantil. Brindan al niño una determinada imagen de sí mismo.

Dar a luz un hijo no significa que éste se transforma en una «posesión ciega» de los padres. El hijo no es un ser indefenso sobre el cual, como padre o madre, tengo derecho a proyectar o imponer quién sabe qué sueño narcisístico. El hijo no existe para hacer realidad la voluntad de aquellos que lo han traído a la existencia.

Ayudar a crecer significa, ante todo, tomar conciencia que el hijo es don. Un ser poseedor de una existencia que está llamada a ser vivida en plenitud. El niño alcanza dicha plenitud en la medida en que, a través de cada acto personal, puede expresarse y crecer, sin imposiciones. El crecimiento desarrollado con normalidad desmitifica. Quita tabúes, miedos, inquietudes, dudas. Permite que la vida fluya sin bloqueos.

La segunda serie de implicancias responde a la siguiente pregunta:

¿Qué niño argentino educar?

Intuimos que nuestro contexto socio – cultural exige la educación de:

1. Un niño liberado

La sociedad postmoderna impulsa la formación de personalidades homogéneas. El individuo se diluye en la necesidad imperiosa de igualarse. De asumir la moda.

En esta modalidad o estilo de vida social, la infancia aparece particularmente perjudicada. Queda encerrada en un mundo de valores e intereses adultos que no le pertenecen. Que la proyectan hacia un mundo ficticio, lejano a su identidad.

Surge una infancia «artificial». Oprimida en su creatividad; creada por razones de mercado.

La familia argentina está llamada a educar un niño liberado. Autónomo. Dueño de sí. Capaz de defender, con criterio personal, su identidad real y sus derechos.

Se hace necesario facilitar, al niño, modos de expresión que le permitan salvaguardar su propia autenticidad.

2. La educación de:

Un niño pensante

Otro de los agentes responsables, tal vez, de la «desaparición cultural de la infancia» está representado por los medios de comunicación social.

Movidos por intereses económicos impulsan, al niño, hacia un mundo

desbordante de sonrisas, de luces de colores, de melodías. Un mundo de fantasía que hace del niño “un títere sin alma” (Bonfiglioli – Frabboni – Zahora 1991, 88).

Surge la imagen de un niño «todo corazón», «todo sentimiento». Paralizado en sus capacidades de desarrollo y crecimiento; de descubrimiento y de imaginación. Un niño prisionero en un mundo que, intencionadamente, lo encierra en una pasiva ignorancia.

El resultado educativo es el de un sujeto apático. Sin iniciativa. Usurpado del inalienable derecho a pensar; a desarrollar su inteligencia.

La familia argentina está llamada a educar un niño pensante, desde la convicción cierta que la primera liberación de la persona es la liberación de la inteligencia. Ésta permite al hombre ser protagonista en su propio contexto histórico - cultural (Bonfiglioli – Frabboni – Zahora 1991).

Es necesario elaborar situaciones educativas que permitan, al niño, expandir sus conocimientos. Siciar sus ganas de aprender, de curiosear, de manipular, de observar, de descubrir e interpretar.

3. La educación de:

Un niño social

Hemos constatado que la realidad social niega, al niño, su identidad cultural. Ésta desaparece tras una identidad imaginada por el interés económico del mundo adulto.

Esta centralidad adulta corre el riesgo de extenderse a dos ámbitos educativos de fundamental importancia para el desarrollo evolutivo del niño: la *familia* y la *escuela*. En ambos, la dignidad del niño es reconocida y el desarrollo de su identidad cultural ampliamente favorecido. Sin embargo, en algunos casos, debemos afirmar que se trata de un reconocimiento cargado de ambigüedad. La infancia es reconocida bajo el precio de la «privatización» doméstica o escolar.

Surge una infancia «segregada». Recluida. Aislada en ámbitos artificiales y estrechos. Exageradamente protegida. Por ello, frágil; debilitada; imposibilitada para un contacto real y responsable con su contexto social.

La familia argentina está llamada a educar un niño social.

Capacitado para vivir comprometidamente su momento histórico; para relacionarse autónoma y constructivamente con su ambiente, con su contexto, con su barrio, con su país.

La familia debe estimular hábitos de integración y participación social. Debe valorizar las oportunidades educativas brindadas por el ambiente. Debe

mediar, lúcidamente, entre el niño y la cultura de su pueblo.

4. La educación de:

Un niño competente

Nuestra sociedad posee dos características:

Por un lado, «complejidad y cambios». Es una sociedad de transformaciones constantes que imponen, al individuo, un ritmo de vida intenso y veloz. Se hace necesario educar «hombres prácticos». Dinámicos; capacitados para la toma de decisiones rápidas y seguras.

Por otro, una fuerte «pluralidad ideológica». En ella proliferan numerosos agentes educativos y no educativos. Están quienes buscan la promoción y el crecimiento auténtico de la persona y aquellos que, por el contrario, ponen todo su esfuerzo y creatividad al servicio de una promoción «falsa» y represora de la verdadera dignidad humana.

Se hace necesario educar «hombres de discernimiento». Capaces de distinguir lo esencial de lo superfluo.

El niño se enfrenta con una sociedad en la que los valores cambian repentinamente. Corre el riesgo de ser apabullado; confundido.

La familia argentina está llamada a educar a un niño competente.

Capacitado para participar; para decidir.

Un niño que, con autonomía firme y competencia histórica, sepa «hacer por sí mismo».

Se hace necesario el desarrollo máximo de las potencialidades evolutivas. Enseñarle a discernir los valores presentes en el contexto social. Asegurarlo en el cultivo de sus capacidades. Alentarlo en la elaboración y concreción de ideas propias. Reconocer su competencia y brindarle espacios educativos para su fortalecimiento.

5. La educación de:

Un niño democrático

La cultura argentina desde sus orígenes se ha caracterizado por un fuerte acento pluralista. Es el resultado de la fusión de culturas diferentes. En sus inicios, debido a la llegada de numerosos grupos inmigratorios provenientes de diversos países europeos. En los últimos años, con motivo de nuevas inmigraciones provenientes de países orientales.

La familia argentina está llamada a educar un niño con mentalidad democrática.

Que sepa salir al encuentro e incorporarse, lúcidamente, en la diversidad. Un niño abierto, con capacidad de comunicación, de escucha y de respeto.



Capaz de defender sus ideas; de buscar caminos de acercamiento y comunión.

No hacerlo significa abstraerlo de la realidad. Negarle la posibilidad de conocer su contexto social y de dialogar con aquellas problemáticas que lo caracterizan. Negarle la posibilidad de descubrir y compartir valores; de interactuar constructivamente con el otro.

Al inicio nos preguntábamos: «¿Qué hijos le damos a nuestro país?». Ya sobre el final de nuestra exposición se nos impone otra pregunta: «¿Qué padres le brindamos a nuestros hijos?».

Consideramos que la responsabilidad educativa de la familia en el contexto socio – cultural argentino, tal como la hemos comprendido, no puede ser llevada a cabo sino por hombres y mujeres *íntegros* que han aceptado y asumido la responsabilidad de *ser adultos*. De funcionar como *padres y madres maduros*, constantemente *presentes en la educación de sus hijos* y *capacitados para ayudar a crecer* no desde la teoría sino desde la garantía que brinda la vida cuando es vivida con seriedad, con compromiso, con responsabilidad, con hondura e intensidad.

Pbro. Dr. Fabián Gallego